

TEMAS DE ACTUALIDAD

Debates partidos

LOS partidos políticos se reconocen en nuestra Constitución como principal expresión de uno de sus valores superiores: el pluralismo político. No deja de resultar paradójico que figuren hoy, más de una vez, entre los factores que generan un bloqueo del debate sobre los problemas de mayor relevancia pública, en vez de enriquecerlo. Precisamente eso nos ha animado a quienes hemos adquirido durante varias legislaturas experiencia en grupos parlamentarios diversos (PSOE, PP, CiU...) a poner en marcha una fundación que contribuya a reavivar el contraste público, y el ocasional consenso, en torno a cuestiones de interés general. No vendría mal reflexionar sobre algunas causas que pueden explicar tal peripecia.

La primera, sin duda, es la identificación un tanto simplista entre debate público y debate político; como si la política monopolizara y agotara todo diálogo sobre problemas comunes. Ello lleva a minusvalorar el debate suscitado en otros ámbitos sociales, como la cultura o la universidad. Contribuye incluso a desfigurarlos, como ocurre con frecuencia con algunos medios de comunicación, que parecen más empeñados en dar lecciones a los partidos sobre cómo deben argumentar sus opciones parciales que en reflejar las demandas de los ciudadanos.

A este primer reduccionismo



ANDRÉS Ollero*

se une con facilidad otro ya implícito: la identificación de la política con la confrontación partidista. Los que hemos abandonado libremente el, mayor o menor, protagonismo que en nuestros partidos hemos ejercido durante años no nos sentimos por ello menos políticos. Hacer política es contribuir a la solución de los problemas de la comunidad; los partidos políticos, aun siendo un cauce privilegiado para poder hacerla, no la agotan en modo alguno. Pueden incluso desvirtuarla, convirtiendo la democracia en partitocracia y desnaturalizando así sus instituciones, si llegan a imponer su monopolio.

Convertidos los partidos políticos en única expresión política, y la política en exclusivo ámbito de debate social, sus militantes tienden a andarse con cuidado a

⇒ *Mientras que, entre nosotros, el debate público parece atascado, no ocurre lo mismo en los países de nuestro entorno, a los que nunca hemos dudado en equipararnos. No parece que esté de sobra que políticos o intelectuales intenten ocuparse de problemas de interés general.*

la hora de expresar públicamente sus opiniones. Cualquier discrepancia podrá ser interpretada internamente, o aireada externamente, como desafección o crítica destructiva, dando así cancha al adversario.

Pensar que ello se debe de modo exclusivo al férreo carácter vertical y jerárquico de los partidos sería ignorar la realidad. Son los propios electores los que penalizan severamente a cualquier partido que fomente el debate interno, al visualizarlo como crisis y síntoma de debilidad o descomposición. Si no se ponen de acuerdo entre ellos, cómo podremos confiarle la solución de nuestras propias discrepancias, parece pensarse...

La dialéctica partidaria apunta no pocas veces a la eliminación o marginación del principal adversario, para anular así cualquier posibilidad de alternativa. La alternancia en el poder acabaría reducida al pronóstico sobre quiénes serán los ocasionales acompañantes de los llamados a administrarlo de modo indefinido. Se sellan así pactos, no tanto de coalición como de veto de todo en-

tendimiento con el convenido enemigo común. Para que la marginación resulte aún más eficaz, hay que lograr que ante el ciudadano el obligado debate político, que de puertas adentro interpretaba como crisis, aparezca como caprichoso afán de crispación. Esta curiosa democracia sin legítima oposición explica los contradictorios anuncios que suelen servir de chupinazo a toda campaña electoral: «No vamos a perder el tiempo en responder a los insultos de esa panda de corruptos»; o algo por el estilo...

Mientras que, entre nosotros, el debate público parece atascado por estos u otros fenómenos paralelos, que ocasión habrá de comentar, no ocurre lo mismo en los países de nuestro entorno, a los que nunca hemos dudado en equipararnos. Francia ofrece un escenario difícilmente inteligible desde el simplista panorama hispano. No sólo porque una opción de centro haya logrado impedir que unos u otros se apoderen de salida de tan decisivo espacio electoral, sino porque prestigiosos intelectuales se han alineado de modo nada previsible, apoyando a una u otra de las opciones en juego; incluso un Chirac o un Rocard han podido mostrar un entusiasmo perfectamente descriptible por sus obligados candidatos, sin que se hunda el mundo.

En Alemania, no sólo los liberales del FDP han venido cum-

pliendo de modo casi habitual el papel de fiel de la balanza, sino que el marxista reciclado **Habermas** y el teólogo papable **Ratzinger** pudieron debatir civilizadamente, buscar puntos de encuentro y —lo que resulta aún más meritorio— encontrarlos. Lo mismo consiguieron en Italia con notable naturalidad **Umberto Eco** y **Martini**, antes incluso de que el agnóstico **Marcello Pera**, ocupando la presidencia del Senado, prologara un libro de título profético: «*L'Europa di Benedetto*», del propio Ratzinger, calificándolo como «una propuesta digna de ser aceptada». En España una editorial dinámica intentó lograr algo parecido, reuniendo a **Francisco Umbral** y al aún no cardenal **Cañizares**; consiguió que tejieran una apreciable amistad, pero no parece haber quedado mucho negro sobre blanco.

Como esto es lo que hay, no parece que esté de sobra que políticos o intelectuales, populares, socialistas o nacionalistas, intenten ocuparse —más pendientes de los ciudadanos que de sus partidos o escuelas— de problemas de interés general. No porque desconfien del indiscutible papel de los partidos, sino porque piensen que ellos serían los primeros beneficiarios de un debate realizado sin trabas ni andaderas. En la vida pública, como en todo, cada cosa sirve para lo que sirve.

*Fundación Ciudadanía y Valores.

ANTE EL 27M

El esfuerzo unitario

COMIENZA la campaña electoral. Mitin en la Fonteta con **Zapatero, Pla y Alborch**. El esfuerzo final. Ya hace unas semanas me permitía trasladar, por este mismo medio (**Levante-EMV**, 15-3-2007), unos breves comentarios sobre la oportunidad del cambio compartido a raíz de la presentación de la candidatura para la alcaldía de Valencia realizada por Carmen Alborch. Cabría ahora añadir unas palabras más sobre la necesidad del esfuerzo unitario. Sin duda, a la complicidad con las ideas le resulta exigible la colaboración en el esfuerzo.

Por ejemplo, cuando se publicó, en 1957, *On the road* [*En la carretera*], por estas fechas hace cincuenta años, causó sensación porque la novela de **Jack Kerouac** encarnaba los sueños de una generación caracterizada por contravenir los valores tradicionales de una sociedad ensimismada y dispuesta a unir sus esfuerzos para hacer posible el cambio social. La novela relata el azaroso camino de Kerouac, y sus compañeros de viaje, por las grandes rutas del continente americano, en la búsqueda de una alternativa de futuro como respuesta a un compartido compromiso cívico.



ALEJANDRO Mañes

Desde estos horizontes, pero con idéntico objetivo, sigue siendo una lección válida para quienes, como Ignasi Pla y sus compañeros de listas electorales, se lanzan a una carrera trepidante para ganar el futuro conectando con las auténticas necesidades de la sociedad valenciana. Se ponen en marcha para reencontrarse con quienes piensan que otra forma de gobernar es posible, que otra manera de entender la política es saludable y que otra forma de comportarse, sin crispación ni descalificaciones, resulta del todo punto necesaria.

El proyecto político de su programa de progreso invita a pensar que este país quiere dejar de ser, de una vez por todas, «un país sense política», como advertía **Joan Fuster**, para escribir consecuentemente, como valencianos, las páginas que nos corresponden en la historia de España. Y para ello sus ciudadanos nece-

sitan contar con voces críticas que contribuyan a superar los falsos contentos con los que periódicamente se cuestiona nuestra identidad y que al mismo tiempo aborden con decisión los retos que nos afectan en la nueva Europa. De manera que temas trascendentales, como la reciente ampliación a 27 miembros de la Unión Europea, el ritmo creciente de la inmigración, el tratamiento de nuestros sectores productivos, o la política social y económica europea, no nos pasen de soslayo. En definitiva un país orgulloso de sus características diferenciales recogidas, dentro del marco europeo, en una España necesariamente plural.

La cuestión sobre el comprometido encaje entre la política valenciana y la estatal, quedó ya definitivamente resuelta con las palabras que pronunció el vicepresidente del Gobierno, el valenciano **Pedro Solbes**, en la presentación de la conferencia de Ignasi Pla, en el acto organizado hace ya algún tiempo en Valencia por el Foro de la Nueva Economía. En ellas, se extendió sobre la necesaria colaboración —y no obstrucción— entre las administraciones central y autonómica, desde sus respectivos ámbitos de actuación.

E igualmente en las que pronunció, hace ya casi cien años, el entonces presidente de la II República Española, **Manuel Azaña**, con motivo de la conferencia impartida el 4 de febrero de 1911 en la casa del pueblo de su localidad natal, Alcalá de Henares, hablando sobre «*El problema español*»: «No basta que cada uno de vosotros —decía don Manuel— sienta la necesidad de la reforma impulsado por un ideal; no basta que cada uno por sí quiera —que no es poco— ejercer sus funciones de ciudadano. Es necesaria la cohesión, la unidad en el esfuerzo».

Y de esta manera es como hoy el Gobierno de Zapatero debe interpretar el esfuerzo por la unidad con el que Ignasi Pla viene actuando. Por un lado, conciliando las corrientes internas, y por otro, manteniendo el tipo ante las dificultades externas, en actitud de corresponsabilidad con la política del Gobierno, en temas como el del agua, por citar un ejemplo transparente. Aglutinando para ello a su alrededor a las diferentes sensibilidades políticas y sociales de su partido, y alcanzando asimismo a ilusionar a quienes vemos en su acreditada condición de liderazgo, y en su probada capacidad de nego-

ciación con otras fuerzas políticas, la oportunidad de llevar a cabo la defensa de nuestras señas de identidad, siendo al mismo tiempo garantía de un gobierno de progreso dentro de una concepción plural y solidaria del Estado.

Así pues, para superar esta etapa de confrontación política partidista —como el poeta **Jaume Roig** advertía hace más de cinco siglos, «*tots altercaven e disputaven. Qui menys sabia més hi mentia; e tots parlaven no s'escoltaven*»— el camino que Ignasi Pla y demás compañeros han iniciado, llama a la mayor participación de la sociedad valenciana desde una concepción del Estado como instrumento de transformación social, difusor de la cultura y definidor de derechos, e invita a participar en la gestión pública a grandes capas de la población, ya que su ausencia en la acción democrática conduce a la conclusión de estar mal gobernados. Por el contrario, sólo actuando de esta forma, contrastando las propias convicciones con la realidad del país, atendiendo las verdaderas necesidades de los ciudadanos, y articulando una mayoría de progreso que apueste por el cambio posible, se puede diseñar una política social que concilie la solidaridad del Estado con las exigencias autonómicas y ciudadanas.